

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 55

Article 21

2002

Entrevista aAlfredo Bryce Echenique

Cecilia García Huidobro

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Huidobro, Cecilia García (Primavera-Otoño 2002) "Entrevista aAlfredo Bryce Echenique," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 55, Article 21.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss55/21>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

ENTREVISTA A ALFREDO BRYCE ECHENIQUE “Siempre tendré un cuento que contar”

Cecilia García Huidobro

Cecilia García Huidobro: Después que Alfredo Bryce Echenique destinó toda una crónica para festinar al “nuevo periodismo” llegando hasta sugerir la partida de defunción de este estilo, supongo que no es el momento para presentaciones osadas, personalistas o de sello propio. Sólo decir, entonces, que para leer su última novela hay que estar dispuesto a reír a mares. Media novedad, dirán sus fervorosos hinchas, responsables de que *En el huerto de mi amada* (Planeta, 2002) haya permanecido durante varios meses en los ranking de los libros más vendidos de España y diversos países latinoamericanos.

Esta vez el amor, ese viejo aliado de Bryce, entre un despistado adolescente y una bella mujer adulta que ya ha padecido demasiados sinsabores a manos de la hipocresía reinante, es el encargado de hacer gozar y sufrir. Claro que de paso le permite a su autor, con toda la dureza de su ternura, retratar a un mundo descompuesto donde el culto a la apariencia lo es todo. Ante nuestros ojos – o más bien los de Carlitos Alegría, el protagonista – desfila una carnavalesca sociedad, insegura y cursi, que simplemente no se soporta a sí misma.

Igual que Carlitos, oculto en el amoroso huerto de su amada, Bryce Echenique permanece refugiado en una “presumida isla” que le ha servido para reponer fuerzas antes de continuar la gira continental en que lo ha embarcado su flamante premio Planeta. Mientras prepara las maletas para venir a Chile el próximo miércoles, ha tenido la generosidad de contestar este intruso e inoportuno mail con un montonazo de preguntas.

Cecilia García Huidobro: – Usted definió a Rulfo y a Cortázar como “antivedettes” de la literatura. ¿Cómo ha sido su relación con el éxito y la fama?

Alfredo Bryce Echenique: “Yo vi cómo sufría Rulfo con la fama. Y también gocé con el humor con que Monterroso “despachaba el asunto” de la fama, cuando se lo preguntaban: “Ser famoso es que, al final de un importantísimo evento cultural, se le acerque a uno una señora y te diga, acerca del más breve de todos los cuentos que he escrito: “Lo felicito, señor Monterroso; estoy leyendo su cuento sobre el dinosaurio y ya voy por la mitad”. En mi caso particular, puedo contar que un día estaba comprando en un supermercado de Surco, un barrio de Lima, cuando oí lo siguiente, proveniente de los más altos y sonoros y abarcentes altavoces: “Señoras y señores, ¿adivinen quién está con nosotros en este local? Pues nada menos que el famosísimo escritor Alfredo Vargas García, autor inmortal de esa novela que todos hemos leído desde niños, autor nada menos que de JULIUS Y LOS PERROS SOLITARIOS DE MACONDO.” No pude huir y terminé con la camisa hecha trizas, mientras observaba la expresión decepcionada con que una muchacha le decía a otra: “Ni siquiera es Julio Iglesias”.

Los ansiolíticos y la Nortriptilina, un antidepresivo cuya dosis me han subido hasta el tope, últimamente, son también parte fundamental de mis relaciones con el éxito. Bueno, y en cuanto a Cortázar, era exacto que Rulfo, pero como escribió hasta su muerte, su “alegro vivace”, digamos, era más parco, y su humor acerca del silencio rotundo, mucho más melancólico y seco, pero sin amargura. Como Rulfo era plenamente consciente de sus logros. Lo suyo, aunque encubierto en mil y una anécdotas, era un sanseacabó y nada más. A mí me encantaría dejar de escribir un día, pero digamos que soy literatura escrita y oral y que no podría, que siempre tendré un cuento por contar como una justificación de existencia, de presencia, y de asistencia. Aunque no hubiese nadie, nadie nunca, yo...

- CGH:** – El título, *El huerto de mi amada* parece una suerte de evocación del paraíso ¿O es más bien una parodia?
- ABE:** – En realidad, es la historia del título frustrado y reencontrado. En la Lima de mis abuelos se dijo “Llevarse a alguien al huerto”, que, según el diccionario de la Real Academia, hasta hoy quiere decir “engañar a alguien con bellas palabras”. Pero eso lo recordé al llegar al Perú y ya no lo recordaba la gente y yo quería titular mi libro – *A Carlitos Alegre se lo llevaron al huerto*. O sea que me quedé “destitulado durante algunos meses, hasta que por fin, gracias a Dios, escuché un viejo vals de Felipe Pinglo, el rey de la guardia vieja de la canción limeña, titulado “El huerto de mi amada”. Es el primer epígrafe de la novela y de él viene todo lo demás'’.
- CGH:** – El amor así como el humor, dos constantes de su obra aquí logra juntar al punto que los protagonistas “hacen el humor y el amor al mismo tiempo”.
- ABE:** – Francamente, no concibo el uno sin el otro. En el amor, lo único que funciona bien es el humor, la inventiva final y el papelón total, exhaustivamente sexual y sexualmente exhausto. Perfectamente realizados y mudos. Pero, entonces, el que diga la primera palabra deliciosa y tierna y amorosa y divertida, no ha ganado la guerra, no, solamente ha empezado de nuevo y hay que reírse. Sobre todo por lo que el concepto de “de nuevo” ya trae de viejo. Hay que matarse de risa y de amor.
- CGH:** – Llama la atención la asimetría de la pareja protagónica, Natalia de Larrea de 33 y Carlitos Alegre 17, semejante por lo demás al de *La Tía Julia y el escribidor* de Vargas Llosa...
- ABE:** Nada que ver con la novela de Mario Vargas Llosa. Porque aquí él no tiene los miedos ni los tabúes que tenía Varguitas, y ella buscaba al cómplice total, para una revancha también total. Aquí no hay programa, hay sólo futuro apasionado y seguro.
- CGH:** – Pero en sus relatos suelen haber amores contrariados o simplemente parejas donde la barca del amor se estrella contra la vida cotidiana como decía Maiakovski. En *El huerto de mi amada* esto parece haberse revertido.
- ABE:** – No sé si se ha revertido del todo. Sólo sé que al escribir esta novela sentí, sobre todo en el caso de ella, que en el amor apasionado,

demasiado siempre es poco y que, como dijo San Agustín, la única medida del amor es el amor sin medida.

CGH: – Ya en la primera línea se presenta al protagonista como un perfecto distraído, “Que nunca se fijaba en nada”. Ese despiste existencial parece ser recurrente en sus personajes... ¿por qué?

ABE: Francamente, creo que porque el sufrimiento de este tipo es lo mío. La incomprensión de la alteridad. La fuerza, la extrema debilidad, al mismo tiempo, de mis personajes es ese empacho de asombro y despiste que, llevado a sus extremos, produce su extraordinaria capacidad de asombro y de ser fuertes porque son casi bandidos, personajes tan buenos como anti legales, por no decir anti sociales. Carlitos Alegre, siendo tan despistado, ignora los prejuicios de la sociedad peruana de entonces, se los pasa por alto. Y precisamente por eso, y porque no les teme, se convierte en el aliado poderoso e ideal para Natalia, que sí odia y teme a esa sociedad y que encuentra en su amor una fortaleza para refugio y un arma para su guerra personal.

CGH: – Curiosamente el título de su primer libro *Huerto cerrado* (cuentos, 1968) se parece mucho y también contrasta con *El huerto de mi amada*.. ¿Cómo percibe la evolución en estos casi 35 años que median entre ambos huertos?

ABE: – Ahora creo que se cuentan mis cuentos de la vida mejor que entonces. Por lo menos he trabajado mucho para que así sea. Para que el significado de la historia no esté en el relato mismo sino en el eco que sugiere envolventemente el cuento, un cuento más extraído de la vida, como entonces y como siempre. Yo quiero lograr algo bien antiguo y al mismo tiempo, ridículamente nacional. Me escudo en el hecho de creer firmemente que Homero no quiso otra cosa.

CGH: – Su amigo Tito Monterroso decía “no escribo, solo corrijo”. Su estilo desbordado en cambio parece que no cupiera la corrección...

ABE: – Mi gran amigo Tito Monterroso solía advertirle a los advenedizos que “Ojo. Bryce es un bohemio con agenda”. Si viviera, para mi felicidad, hoy creo que diría que en cada día de su agenda Bryce tiene marcada las horas en que tiene que corregir”.

- CGH:** – En la novela se habla de Lima como “de cielo eterno color panza de burro”, “nublada y triste”, “Lima de eme”... ¿Es un ajuste de cuentas con la ciudad?
- ABE:** – Todos los escritores limeños insultamos a Lima de una manera similar. Como para expurgar ciertas culpas y partidas. Pero Melville no fue peruano y en *Moby Dick* da la más triste y fea versión de esta ciudad. Cada loco con su tema.
- CGH:** – ¿Cómo cree que “Lima la horrible” ha moldeado la forma de ser de los peruanos y en particular a los limeños?
- ABE:** – Creo que la existencial frase de Vargas Llosa, pronunciada por su alter ego, Zavalita, en la inmensa *Conversación en la catedral* es la viva respuesta literaria a esta pregunta. Zavalita está cruzando una calle del centro gris de Lima cuando suelta su existencial “¿En qué momento se jodió el Perú?”. Lima, como el Perú entero y como su castración absoluta es un viejo y recurrido tema desde que los viajeros extranjeros visitaron esta ciudad en la que, según el barón Alexander von Humbolt, “nada se aprende acerca de la felicidad de un reino.” Un reino, sí, pero que en otra parte de su vasta obra califica al Perú como “Un mendigo sentado en un banco de oro” ¿No lo es hoy, en que dos compañías mineras extranjeras casi en su totalidad explotan los dos yacimientos de oro de más alta ley y visibilidad, dos cordilleras de los Andes de oro, caray, y abajo todo un gobierno palabrea a un pueblo sin trabajo ni salud ni educación, en la esperanza de píldora dorada de que este neoliberalismo nos chorree en las encuestas? Una mierda.
- CGH:** – De hecho en esta novela hay una constante referencia a la sociedad como “tanda de hipócritas”. ¿Es un rasgo característico de la época o un mal endémico de nuestro continente?
- ABE:** – Está en todas partes con mayor o menor educación. Lo que pasa es que cuando es parte de lo tuyo lo entiendes mejor y te duele más. Y en la medida en que prevalece a pesar de ser cada vez menos en el peso real y demográfico de tu ciudad y tu país, te duele mucho más.
- CGH:** – Carlitos Alegría cumple 18 años en 1957, año en que transcurre parte de la novela, y usted ese mismo año tenía 18. ¿coincidencia?
- ABE:** – No, pura facilidad. Como no uso brújula ni mapas ni planos ni

partidas, recurro a la realidad para nada importante, saco de ella aquello que, por ejemplo, en este caso andaba guardado en un depósito de una empresa de mudanzas. No estoy describiendo una guerra, que eso sería fácil. Estoy describiendo lo más difícil, una tempestad en un vaso de agua. Y recurriendo a las fechas y más datos muy fáciles para los demás.

CGH: – Da la impresión que sus novelas o se ocupan de personas exiliadas o alejadas de su tierra (*La exagerada...*, *La amigdalitis...*) o del mundo de la adolescencia (su última novela) e infancia (*Un mundo para Julios*, *No me esperen en Abril*) ¿Ello se debe a cuestión biográfica o le parecen experiencias que representan mejor el profundo arraigo del desarraigo?

ABE: – Vivir afuera ha sido lo mío, pero lo fue también mientras viví en Lima, en casa de mis padres, y con todo un familión de esos que arropa y marca, a la vez. Y sin embargo siempre fue, diría yo, o fui al menos desde que tengo memoria, un “fuereño”, que diría Rulfo, un fuereño de todo aquello que amé.

Por qué, a veces, te hiera lo que más amas? Por qué naces o te vuelves “fuereño”. ¿Qué es antes y qué después? Se podría decir, recurriendo siempre al lenguaje popular: “condición de varón”, pero mentiría al decir que es mi caso. Me encanta pensar que llegué al mundo desde fuera del mundo familiar, desde un rincón de su mundo que siempre me dolió al tiempo que me permitió reírme más que nadie de él. Fue como nacer con las lunas de aumento puestas para la risa, la ironía, la ternura y el dolor. Para la observación. Tal vez escribo simplemente porque no pude con tanto y para pasar, en lo familiar, de la normalidad al más duro desencanto y al más puro dolor. Pero siempre volveré sobre el tema y aprenderé más y obtendré mayor información y comprobación sobre algo que, además, es pura ficción. Hay que estar completamente loco, ¿no? Yo no soy arraigo ni desarraigo. Soy tan sólo un tipo que se queda, que nunca se sabe cuándo se irá. Y que después es pura memoria. Gracitudo. Nunca amargura.

CGH: – En sus escritos de prensa así como en esta novela se delata su gran pasión por el cine. ¿Ha influido en su escritura y en su estilo?

ABE: – Fue mi generación. Todos quisimos ser Marlon Brando o James Dean. Aunque yo, claro, quise ser James Mason, un genio al que nadie recuerda, un tipo que usaba abrigo cuando ya ni Bogart usaba impermeable. Otro fuereño, me imagino, aunque shakespeareano en este caso.

- CGH:** – Lo mismo podría decirse de la música popular partiendo por el título de la novela.
- ABE:**– Siempre he sido muy impopular en los edificios en que he vivido en Europa por causa de la música popular, es cierto.
- CGH:** – Usted debe ser el escritor que escribe más parecido a como habla. ¿Busca un estilo que reproduzca nuestra oralidad?
- ABE:** – Maldita sea, ¿todavía no lo he encontrado?
- CGH:** ¿Hay seguidores de su personal estilo?
- ABE:** – No, El editor Carlos Barral dijo que yo era una isla, que jamás tendría seguidores ni imitadores. Y la verdad es que aparte de mí, no conozco a otro seguidor de lo mío.
- CGH:** – ¿Suele leer las críticas literarias de su obra?
- ABE:** – Max Aub, ese español de vocación (extraña vocación la suya) me enseñó que “Un arte al que la crítica le sirviera de algo, sería todo menos arte”.
- CGH:** – ¿Qué opina de quienes han dicho que temen un cierto desgaste de su estilo?
- ABE:** – Todos tenemos un cierto desgaste de todo. Menos cuando escribimos recordando la primera vez y sabiendo por qué fue. Lo cual, claro, no impide un desgaste cualquiera de nada ni de todo. Pero queda la ilusión y el amor y la relectura que, creo yo, son los grandes antídotos del desgaste.
Y finalmente, para qué conjugar estúpidamente la muerte mientras vives y disfrutas. ¿Para qué YO ME DESGASTO, TU TE... NOSOTROS NOS DESGASTAMOS? Un arte al cual el desgaste le sirviera para algo sería todo menos un gran amor.
- CGH:** – Vila Matas, – quien se ha transformado en un verdadero siquiatra de la literatura al tipificar los males que padecen los escritores –, ha distinguido principalmente dos: el bloqueo o pulsión a la nada que impide escribir: Bartleby, y el mal de Montano que de espaldas a la realidad, el escritor vive para la literatura. ¿Cuál sería su autodiagnóstico: Bartleby o Montano?

- ABE:** – Enrique Vila Matas, ese gran amigo y escritor, no me lo ha dicho aún. Pero sospecho que, de maneras que se entrecruzan, contradicen, y aman el oficio, los dos somos nada mas que un buen par de grafólogos o letraheridos, por ponerlo menos duro y más bonito.
- CGH:** – ¿Qué escritores conformarían, en su opinión, el árbol genealógico del humor en la literatura latinoamericana?
- ABE:** – Cortázar, Rulfo, Monterroso, Oswaldo Soriano, por supuesto que el gran Ricardo Palma y Caviedes, en el Perú. Ribeyro y Vallejo, en medio de todo lo suyo. Felipe Pardo y Aliaga y Manuel Ascencio Segura, en la Lima limeña, Jorge Ibargüengoitea, genial mexicano muerto antes de tiempo, Santiago Gamboa, en Colombia. Bueno, y así. Porque de una forma u otra hay mucha y muy fina ironía en literatura latinoamericana, y poca, muy poca, en la española. Sólo los más grandes: Pedro Zarraluqui y Enrique Vila Matas, allá en Barcelona. Bueno, acá en Barcelona, porque resulta que estoy viviendo en Barcelona pero que ahora me encuentro viviendo también en una isleja del litoral peruano, que muy presumidamente responde al nombre de Galápagos. En fin, digamos que humor geográfico.
- CGH:** – ¿Cuándo viene el segundo tomo de *Antimemorias*?
- ABE:** – Estos últimos tres días, en esta isla, he escrito tres capítulos que, espero, concluyan con la ya extensa primera parte desordenada. La segunda necesita la estabilidad de una novela. Y que no le coma la partida una novela. Me gustaría estar ya maduro para escribir esa novela pero también sobre mi regreso al Perú, algo truncado, por ahora. Pero no hay segunda parte sin tercera y ya tengo incluso título quevedesco para la tercera parte: Arrabal de senectud.